

V

Amaneció el jueves dos horas antes para don Lino que para el sol; tal le tenía de espabilado la perspectiva del convite en casa de los Trelles.

Convite que es en Puente-la-Piedra el acontecimiento del año. El señor Manuel Trelles gusta de hacer las cosas en grande, y en esta ocasión ha decidido tirar la casa por la ventana; tales son, por lo menos, las noticias de doña Mónica; y no son poca parte los sabrosos comentarios con que viene ella hace ocho días aderezándolas, a despertar las impaciencias gastronómicas del famoso doctor.

El cual, mientras se viste y se acicala, departe con su perro favorito:

— Hoy es gran día, *Canelo* amigo: hoy nuestro egregio alcalde celebra la vuelta, digo la marcha

del hijo, que si no es pródigo, va camino de serlo; hoy yantaremos, y no coles. Dice nuestra señora doña Mónica que hubo degollina general en los corrales de nuestro incomparable cacique. ¡Alégrate, *Canelo!*

Yo no sé si *Canelo* se alegra o deja de alegrarse; por de pronto, alarga el hocico y balancea el rabo con cierta suficiencia de perro satisfecho; y cuando su amo, atusada la greña, perfilado el bigote, sombrero ladeado y escopeta al hombro, sale de casa, despertando con marcial taconeo los ecos de las solitarias callejas, él le sigue no menos marcial y no menos gallardo, hocico al aire y orejas tiesas, como si a voz en grito quisiera decir: «Sépanlo ustedes, señores vecinos: ¡al fin vamos de caza!»

No hay nadie en casa del señor alcalde. Despreza la parra sus sarmientos y dan las pámpanas, que ya a trechos empiezan a pintarse de rojo, sombra tediosa a las sillas verdes, que se mueren de aburrimiento.

— Todos marcharon — le grita la mozona, que, plantada en la puerta del corral, fuma una tagarina de día de fiesta —; fueron a correr liebres mientras llega la hora del almuerzo.

Oyendo decir liebre, *Canelo* se eriza.

— ¿Conque a correr liebres? Irían por el prado de la Gora.

— No, señor; por el monte.

— Bien, bien; allá voy yo.

— Extraña cosa — piensa la mozona —: para llegar al monte, toma el médico el camino del río.

— ¡Eh! Don Lino, don Lino, ¿dónde va su mercé? — Pero don Lino no la oye; a la orilla del río está la Huerta Grande, y en ella se prepara el banquete.

¡Válgame el señor San Pedro y qué rebullicio traen armado en la huerta, bajo la cristalina luz mañanera, hasta siete comadres que en guisan-deos y fregaduras están atareadas! Que daca el arroz, que toma la gallina, que dónde está la sal, que se prendió el aceite...

La generala en jefe del cotarro es la señora Nicereta, especialista en el asado de lechoncillos y en la confección, digámoslo así, del arroz a la valenciana. Tendrá la buena hembra medio siglo de vida; pero bien parece, a juzgar por arrugas, pelamientas y otros no menos sensibles descalabros en rostro y talle, que lleva ya vivido siglo y medio; y es que, como ella dice: «Esto de pasarse la vida al pie del fogón, consume mucho.»

Bajo su cetro agítanse, parloteantes, Amalia «la

Dulcera», que no tiene rival en natillas y suspiros de monja; y Mariquita «la Colorada», que hace la pepitoria como los mismos ángeles; y la tía Gala y sus tres hijas, Oliva, Nicasia y María Jesús, fregatrices de fama en toda la provincia, por lo fregatrices y por lo buenas piezas.

— Esto se llama hacer las cosas como se debe — dice Oliva.

— Pues no que no — replica Nicereta, que se las da de prima en cuarto grado del señor Manuel, y está como en su casa —; pensarías tú que mi primo, en un día como este, iba a andar con mi-serias. Sobre que dineros tiene y gusto para gastarlos... Por supuesto, que el saberlo gastar es cosa de familia: todos somos iguales.

— ¡Ya, ya! — asiente, socarrona, María Jesús.

— Y que *mi* Paco todo se lo merece. ¡Jesús!, chico más despejado y con más buena sombra, no le hay. Ayer, sin ir más lejos, va y me dice: «Escuche usted, tía Nicereta...»

Una carcajada formidable trunca la arenga; las tres Galas, a coro con su madre, se ríen a más no poder.

— ¡Tía Nicereta! ¡Tía Nicereta! Pues no dice que Paco la llama tía...

— Y a mucha honra que lo tiene el muchacho;

porque habéis de saber que mi abuelo Pedro, que fué fiel de consumos en León, era primo carnal de la señora Telesfora, abuela del alcalde, y además estaba casado con la señora Restituta, tía del abuelo de Paco... ¡ya veis si viene de largo el parentesco!

— Y tan de largo.

Don Lino entra triunfal.

— Buenos días, señoras.

Alarma entre las guisanderas.

— ¡Jesús, don Lino! Pero ¿ya están ustedes de vuelta? ¡Si todavía no está el almuerzo!

— Calma, señoras, calma; no hay que apurarse. Esos no vienen todavía; me vine yo para irles previniendo; ya llevaba muertas cuatro o seis liebres, y dije: iremos despacito, porque esto del matar, hay que desengañarse, al tercer muerto, cansa.

— Y ¿dónde están las que mató? — interroga Nicasia, apoderándose del morral vacío.

— Allí quedaron; los muchachos no tenían muy buena suerte esta mañana, y se las he dejado para que hagan bulto; yo ya, por liebre más o menos...

Y, ¡cosas de la fama!, las siete guisanderas admiran a don Lino.

El cual va de olla en cazo, y de fuente en sartén, dando acicate al gusto con suculenta ración de olfato. ¡Aquel ollón de la pepitoria! ¡Aquel caldero del arroz con leche! La pepitoria y el arroz con leche son dos debilidades de don Lino. Y la tercera son las rollizas carnes de la Gala menor; ¡qué brazos los morenos brazos de María Jesús! ¡Qué redondeces y qué hoyuelos! Lo malo del negocio es que, tanto como apetitosos, son ligeros en volver torniscones por pellizcos; pero, ¡qué diablo!, de aquellos brazos hasta los torniscones saben a... pepitoria.

La mesa está servida bajo el bosquejo de avellanos. Señor Manuel ha hecho sacar para la ocasión la mantelería de gala, que está muy tiesa, un tanto amarillenta, y huele a los membrillos del arca. Nicasia, que ha sido la encargada de ponerlo, que ha servido en León y sabe de finuras, ha dispuesto las servilletas en forma de cucurucho, surgiendo del cristal de los vasos; mirados de lejos los cucuruchos, parecen palomas; y el mantel, sembrado de platillos de aceitunas, semeja un mar de espuma salpicado de islas verdequeantes; al menos así piensa don Lino, que ha leído en sus tiempos *Pablo y Virginia*.

— ¡Viva el señor alcalde! ¡Viva! ¡Viva Paco!

Emocionado, con el rostro empalidecido bajo la verdosa luz que filtra el ramaje de los avellanos, Paco se pone en pie.

— Gracias, gracias.

— ¡Viva nuestro futuro diputado! — truena la voz robusta de don Lino.

— ¡Viva! — responde a coro la concurrencia. El entusiasmo y el buen vino enardecen los ánimos. La frase del médico ha sido una idea feliz. «¡Futuro diputado!, esa, esa es la verdad. ¿A qué va a Madrid este muchacho? A prepararse para las arduas luchas políticas.» Esto dice el padrino, la copa en alto, llena de rubio vino, flameante el rostro, algo torpe la lengua. «Para las arduas luchas y los arduos problemas.» ¿Dónde estáis, ojos enamorados de mi señora doña María Inés?

— Amigos — dice el héroe —, yo no sé cómo agradeceros la simpatía que me demostráis.

— ¡Admiración! ¡Admiración! — ruge don Lino.

— Yo nada valgo; pero prometo que he de acordarme de este día, y que sabré cumplir como quien soy.

— ¡Muy bien!

— Al separarme de vosotros, sé que voy a cumplir grandes deberes.

¡Peregrino fenómeno! Aquello de los grandes deberes, que tan extraño hubo de parecerle a Paco cuando por vez primera brotó — pomposa flor retórica — de labios del padrino, ya no es él solo quien lo cree. Los *grandes problemas*, sin saber cómo ni por dónde, han penetrado en el intelecto de todos los vecinos de Puente-la-Piedra. Qué deberes sean aquellos, a fe que clara y definitivamente no hay quien lo sepa; pero el caso es que existen, el caso es que se imponen, que Paco está obligado a cumplirlos, y que, para cumplirlos — la frase es de don Lino, aunque no lo parezca —, ha de llevar a cabo *grandes sacrificios*. El primero de los cuales es, sin duda, marcharse a Madrid.

Bajo la impresión dignificante de las dos frasecitas, el hijo del cacique está transfigurado: él, reidor, permanece solemne; él, poco amigo de palabrerías, habla grandilocuente — «es de familia», dice in mente el padrino casi con tanto orgullo como Nicereta —; él, buen aficionado a comer y beber, ni come ni bebe; y piensa en el viaje con cierta complacida conmiseración de sí mismo, como grande hombre que siente pesar sobre sus hombros la carga de la dicha nacional; pero que, aun abrumado por ella, no quisiera de ella descar-

garse. «Se hará lo que se pueda», piensa sinceramente su humildad; y con la misma sinceridad responde su orgullo: «Y podré mucho, porque soy quien soy.» Pero ¿en qué y por qué? ¿Cuáles son las batallas para reñidas, los triunfos para logrados? Aquí callan a un tiempo humildad y orgullo, porque no lo saben.

Hame contado Nicereta que la comida duró tres horas. Créolo así. Al cabo, levantados los manteles, fraccionóse la bien repleta concurrencia; hubo quien, tendido a la sombra de los árboles, buscó en el sueño ayuda para la digestión; no faltó quien, sintiéndose sátiro, se diese a perseguir en la espesura a las tres Galas, ninfas de gran predicamento en la mitología local. En el bosque se han formado dos mesas de tresillo. En la una, acompañan al señor Manuel Trelles, el padrino, el capellán de Armendia y el doctor don Teofrasto López y Fernández, cura párroco de Puente-la-Piedra. Esta es la mesa conservadora.

El doctor López, don Teo, como le llaman en el pueblo, debe tener cien años. Es chiquitín, y anda encorvado y tembloroso, descansando sobre bastón de caña con puño de marfil; lleva sotana

verdinegra y teja verdinegra, y, a más de verdinegra, greñuda y repelada. La teja de don Teo causa grima, y sus predicaciones son el terror de la comarca. ¿Quién pudo imaginar tan peregrino método de predicación? El mismo diablo se lo inspiró, sin duda. Cada domingo, llegado el Ofertorio de la misa, lee las amonestaciones de rumbo, menciona las fiestas y vigiliás de la entrante semana. Tose, endereza lo más que puede su cuerpo centenario, toma su rostro aspecto severo; sus ojos, desde las profundidades del cráneo, arrojan chispas vengadoras:

— Ahora vamos a lo que importa. Hay varios vecinos, y aun vecinas, del pueblo que faltan escandalosamente al precepto de oír misa entera las fiestas de guardar; de uno sé que hace ya tres domingos que no parece por la iglesia; tenga cuidado, porque, si falta un día más, diré su nombre desde este sitio. — Y, en efecto, lo dice, si el cuidado falta. — Hay otros — sigue el implacable clé-rigo — que pecan gravemente contra el sexto mandamiento de la ley de Dios: pecado es éste horrendo y endemoniado si los hay; yo sé de dos mozelas que, al caer de la tarde, van a diario camino de los huertos; por allí no se va a nada bueno; y luego no me vengáis a mí: «¡Arréglo us-

ted, padre!»; ¡como si esas cosas tuvieran arreglo! A ver si se enmiendan y dejan los paseítos, porque, de lo contrario, diré sus nombres. — Y frescamente los promulga el buen don Teofrasto, como promulga el del vecino que, más amante del bien del prójimo que del prójimo mismo, merodea en los huertos o espiga antes de tiempo en los sembrados, y los de aquellos otros que en las tabernas — «templos de Satanás» — pierden el tiempo y gastan los dineros; bien que a éstos — añade el peregrino señor — no es menester nombrarlos, que harto se les conoce.

Dejando aparte su oratoria desahogada, el doctor don Teofrasto López es sacerdote ejemplar, de honesta vida y grande caridad; en Puente-la-Piedra, la gente vieja le quiere y le agasaja, y la gente moza tiénele más miedo que a la peste; él, fuera del altar, con todos trata y a todos bendice.

La mesa progresista presídela don Lino, y le acompaña don Pancracio, el maestro, que dicen que es masón, aunque va a misa; don Pedro el boticario, que ni va a misa ni es masón, porque no cree en Dios y cree en Canalejas, y Frasco el carbonero, hombre de tan furibundas ideas republicanas, que se ha hecho, del sobrante de un refajo, un gorro frigio: insignia para él sacrosanta, con la

cual se encaperuza a diario para pasear, con ademán feroz, frente a casa del cura.

Juega la mesa conservadora solemne y reposadamente. Va ganando el capellán de Armendia, y mientras él gane, nada hay que temer; señor Manuel Trelles suele ser quisquilloso y un tanto interesado en materia de juego; pero hoy el júbilo le hace olvidarlo todo, y soporta codillo tras codillo con longanimidad admirable. El padrino está absorto: el tresillo es — después del cultivo de las parras — el más grande problema de su vida. Don Teofrasto juega por pura amabilidad; a él que no le digan; esto de los naipes tiene algo que ver con el demonio, no le cabe duda; mientras juega recita por lo bajo padrenuestros expiatorios.

La mesa progresista alborota que es un primor. A cada real que pierde, y no son pocos, don Lino pone el grito en el cielo.

— Así no se puede jugar. Usted, don Pedro, tiene unas alegrías que me río yo de las alegrías.

La verdad es que don Pedro da unas vueltas que hacen honor a sus convicciones políticas; pero, con ello y todo, va ganando.

— Eso es lo que a mí me joroba — dice don Lino —: que se gane jugando de ese modo; bueno que le dejen a uno sin camisa como Dios man-

da; pero esas entradas no son entradas, ni Cristo que lo funde.

— Esos codillos son codillos — replica filosóficamente don Pedro; y el médico bufa.

Frasco no rechista; precisamente la sota de oros tiene un gorro encarnado que se asemeja al suyo frigio; y el carbonero, que es bien corto de alcances, piensa que aquella sota es tal vez «el retrato de la República», y siente impulsos de darle un beso.

Don Pancraccio, el maestro, medita: «Si yo ganase diez pesetas me compraría un pantalón de invierno.» Don Pancraccio, que es el hombre más culto de Puente-la-Piedra, admira a Bacon, y, antes que masón, es utilitario.

Paco — azares de la popularidad — ha caído en poder del elemento femenino: guisanderas y fregatrices le rodean, y a coro cantan sus alabanzas.

— ¡Ay, hijo mío! — exclama, enternecida, Nicoreta —. ¡Si te viera tu madre tan guapetón y tan buen mozo como estás! Déjame que te abrace y te bese, hijo de mi alma.

Y, sin aguardar el asentimiento del interesado, le abraza y le besa. No quiere la incomparable Gala quedarse atrás, ni es cosa de que Amalia deje de cobrar sus dulces habilidades con un besuqueo

tan melifluo como los *suspiros* que aderezan sus manos.

Paco, resignado, se deja besuquear por las viejas; acaso espera que las tres Galas jóvenes sigan el ejemplo de sus vetustas compinches, y aun así lo insinúa: que el mozo es picarón y atrevido si los hay; a cuya insinuación ríen las quintañonas y palmorean complacidas: «¡Cosas tiene este Paco!...» Pero Oliva, Nicasia y María Jesús son de condición tan esquiva, que antes murieran que dejarse abrazar, no siendo a solas y en despojado.

— Estas hijas mías — replica la Gala — son de lo que no hay tocante a miramiento. Rabia me da verlas tan encogidas —. Las niñas se ríen y Paco se ríe.

Después, *nuestro futuro diputado* va recorriendo grupos y espigando ovaciones. ¡Con qué frenético entusiasmo le acoge la fracción progresista! ¡Qué formidables palmadas le da en el hombro el invicto don Linol! ¡Qué miradas de ascua le echa el republicano carbonero, que le ve con los ojos del alma, un si es no es turbios por culpa del coñac, tocado como la sota de oros, ni más ni menos! ¡Qué apretón de manos más elocuente el del canalejista boticariol! Paco vibra, se exalta, siente

el mareo de la popularidad, y bebe una *copita* que le alarga don Lino.

Pues ¡y en la mesa conservadora! Allí todo va por lo serio. Señor Manuel Trelles casi tiene las lágrimas en los ojos. Don Teo le mira con tan evangélica dulzura, que casi le entran ganas de llorar; el padrino le dice:

— Hijo mío, en la carrera que hoy comienzas, lo esencial es estar del lado de la cordura. Nada de radicalismos malsonantes y comprometedores. La política inglesa está hecha de serenidad. Tú, que te debes al bien del pueblo, has de ser hombre de orden sobre todo.

Paco se encalma y como que se eleva por dentro. Ya casi desprecia a los demagogos de la mesa republicana. Ha de ser hombre de orden, eso es, hombre de orden. El capellán de Armendia, que no habla porque sigue ganando, le tiende una copa. La copa es el lazo de unión entre la izquierda y la derecha de Puente-la-Piedra.

A todo esto va cayendo la tarde; el ramaje de los avellanos se estremece con la primera brisa vespertina; el sol se va como de mala gana por dejar de lucir día tan venturoso; detrás de una alameda ha colgado un tapiz oro viejo, que poco a poco se va tornando rojo y luego violeta. A la

otra banda sube del horizonte una a modo de niebla verdosa, y lo alto del cielo está de un argentado color azul. Y con el día, paulatinamente, las risas y las voces se apagan; en el crepúsculo de la tarde hay un sortilegio que ahoga todo ruido y toda voz; el día, rey que muere, gusta del silencio para morir.

Y, poco a poco, el silencio deshace los grupos; uno tras otro vanse los jugadores levantando.

— Si les parece, volveremos a casa.

El desfile comienza. El huerto, como que se estremece en un largo suspiro al recobrar la amada soledad, y comienzan, el ramaje, las hierbas, el arroyo, las ranas del arroyo, los guijarros sonoros de la orilla, su charloteo inacabable; rompe a cantar un ruiseñor.

Por la carretera van los comensales como desperdigados y sin ganas de hablar. «Parece que volvemos de un entierro», piensa, sin querer, Paco. Y advierte que los álamos de la cuneta están como de luto; la obscuridad viene a paso de lobo, y hasta bien entrada la noche no saldrá la luna.

Don Pancraccio, el maestro, se acerca al héroe. Son Paco y el maestro buenos amigos. Don Pancraccio es joven, excelente persona; pero espantosamente charlatán, y tan pagado de sus lecturas

— al infeliz le da por la Filosofía —, que no hay quien le resista ni quien le entienda. ¿Quién va a entender en Puente-la-Piedra aquello que él repite cada cinco minutos, de que *todo se da en el tiempo y en el espacio*, y aquello otro de que *nosotros somos nuestra única verdad*?

Paco, *que estudió el grado*, es el único que aproximadamente puede llegar a darse cuenta de lo que el maestro intenta decir; muy claro no lo ve; pero aquellas dos frases, con otras cuatro o cinco de la misma calaña, han llegado, en fuerza de escucharlas, a grabársele en la memoria; ya le sueñan a cosa sabida, y puede afirmarse que forman parte de su bagaje intelectual.

Paco y el maestro se hablan de tú; mal que le pese a la Filosofía, hacen de vez en cuando escapatorias a León, si poco filosóficas, extraordinariamente humanas.

— Muy pensativo vas, Paco.

— Yo...

— Y me gustaría saber en qué vas pensando.

— En nada.

— ¡En nada! Eso es imposible: la facultad pensante es siempre activa. Hay que pensar forzosamente, y aunque sólo se piense en que no se piensa...

— Déjate de monsergas; yo no sé si pienso, o pienso que no pienso, o dejo de pensar; el caso es...

— El caso es que estás triste.

— Triste, no.

— Preocupado entonces.

— Tampoco; es que... no sé cómo explicártelo; tú, que eres tan leído, lo entenderás. Estaba tan contento, y de repente me he puesto así, en tonto: como si el día me hubiese dejado mal sabor de boca; ya ves tú qué simpleza.

— Simpleza, no — replica gravemente Pancracio —; eso que a ti te pasa es un fenómeno psíquico vulgarísimo: el alma, fijate bien, es como un vaso...

— Déjame en paz de vasos y de almas; el caso es éste: ¿Por qué estoy fastidiado? ¿Tú lo sabes?

— Porque has pasado el día demasiado feliz.

— Entonces — dice Paco, contagiado, a su pesar, de la filosofía del maestro — es que el alma se cansa, como el cuerpo, de pasarlo bien.

— Precisamente: eso es lo que yo quería decirte.

— ¿Y por qué no lo dices, con setecientos pares de demonios?

— Es que a mí me gusta decir las cosas como se deben decir.

Hay una pausa. Paco la rompe.

— Mira tú — dice hablando más consigo mismo que con el maestro —, ya ves si tengo deseos de irme a Madrid; pues, en este momento, si alguien me dijese «No te vas», casi me alegraría. ¿Ves aquel palomar que hay en la punta de la era? Bien feo es, y bien poco me importa; bueno, pues ahora pienso que me marchó y que, al anochecer, tal como hoy que vamos paseando, no le volveré a ver en mucho tiempo, y casi me da pena mirarle, y no quisiera dejarle de mirar. — Pancracio se dispone a dar la explicación psicológica del fenómeno; pero Paco, que advierte la llegada del turbión de ciencia, le ataja bruscamente: — ¡No me digas en qué consiste, que no lo quiero saber!

El maestro sonrío, compasivo e irónico. ¡Estos impulsivos! ¡Estos chicos de pueblo, que no saben de nada! Y piensa en Schopenhauer y en Nietzsche con exaltación de orgullo.

Paco, que ignora a Schopenhauer y no conoce a Nietzsche, va sorbiendo el paisaje y pensando que él le tiene cariño, pero mucho cariño, hasta al rumor del agua que pasa por debajo del puente.

VI

Llegó, que todo llega, el día de la marcha de Paco, y fué, si no mienten las crónicas, el 25 de septiembre, festividad de los Santos Mártires Cipriano y Justina.

Amaneció nublado, y con un vientecillo fresco y enredador que barría por calles y caminos, rebozadas en polvo, las primeras hojas caídas de los árboles.

En el monte ha debido llover, porque el río baja crecido y bufando.

La veleta de la Asunción — es una cruz aureolada por un nimbo de espinas — gime larga y ásperamente; las campanas, que en la torre están mudas desde hace medio siglo, gimen también bajito cuando el viento las roza. El viento es el amigo de las campanas, y ellas gustan de voltear